HELENISMO

Bajo el rubro *Anima naturaliter pagana*, un ilustrado helenista hace en una acreditada revista quincenal de Londres, sustanciosas observaciones encaminadas a demostrar que es tarea sobremanera ardua y difícil dar, en las lenguas y según las ideas actuales, conocimiento exacto de la literatura griega, por haber allí palabras que no tienen traducción precisa, como las hay en los idiomas modernos, que representan modos de ser o de sentir desconocidos en la primitiva Grecia. Nuestro vocablo corazón, por ejemplo, que tanto dice ahora, apenas significaba un mero agente fisiológico en la lengua de Homero y Aristóteles.

"Cuando métodos históricos de estética lleguen a perfeccionarse —habla el autor citado—, habrá alguna probabilidad de exhibir el pensamiento griego en comparativa pureza, y será, en cierta medida, posible para la imaginación comprender el mundo griego. El proceso analítico es lento, y muchas generaciones de historiadores habrán de pasar, y muchos gramáticos serán inhumados, antes que el más experto de los navegadores pueda abordar las costas de *Helenia*, y percibir, a distancia siquiera, la vaporosa espiral de la sala de Euphrosyna."

Lo que no es concedido a un pagano de la época presente puede serlo a un pagano de los tiempos

futuros, pues si en un sentido nos alejamos del mundo oriental, por otro nos aproximamos...

Lo poco que tenemos de Sapho, por ejemplo, y en la forma que lo tenemos, no permite comprender por qué Solón, el sabio legislador, al oír uno de esos cantos hubiera exclamado: "No habría querido morir sin haber escuchado ese canto", —el himno de Sapho a Venus Aphrodita—.

Ni tampoco alcanzamos a sentir el ardor belicoso de las mesénicas de Tirteo, que, como alguien ha dicho, "marchaban contra el hierro y ganaban victoria".

Las famosas odas pindáricas se encuentran en caso semejante, es decir, que no nos entusiasman, como deberíamos esperarlo, pues que son consideradas como la cumbre del arte lírico griego, la glorificación del individuo. La ausencia de la música coral, que servía de acompañamiento a esas odas, contribuye probablemente a despojarlas de su atractivo original. Las palabras no son suficientes, y en vano se busca en ellas la regla, el plan, la prosodia, según observa un crítico que ha hecho especial estudio del rico venero literario. "Si falta un soplo de genio, la euritmia humana —dice—, si el deseo del arte vivo y palpitante no os eleva por cima del arte artificial de hoy, nada os dirán esos fragmentos, ¡inútilmente evocaréis esos muertos felices!"

Confesamos —sea ignorancia o sabiduría— que a cualquier oda de Píndaro vertida a lengua romance, preferimos la oda al Sol de Espronceda, la de Heredia al Niágara, la de Bello a la Zona Tórrida, y la de Olmedo a Junín.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 22 de febrero de 1891.)

HEROISMO POLITICO

Generalmente se cree que en el movimiento político todo se realiza por pequeños móviles, y que la propaganda de ideas es apenas un velo engañoso que disfraza mezquinos intereses. Esto se cree; y en épocas comunes puede ser verdad; pero cuando las circunstancias son excepcionales y un período de renovación se aproxima, los caracteres toman inesperado brío y míseros mortales se transfiguran en héroes. No de otro modo se explican las grandes evoluciones políticas que con tantos sacrificios de vida y valores se consuman. Los mismos que a ellas eficazmente contribuyen se sorprenden, con frecuencia, de su propia obra.

(*La Luz.*—Bogotá, 21 de marzo de 1882.)

HISPANIDAD

La conmemoración del 20 de julio debe, de consiguiente, hacerse con espíritu fraternal respecto de la Nación Española, que nos dio su incomparable lengua, su fe religiosa, eminentemente civilizadora, y también el imperecedero y alentador ejemplo de su heroísmo. Hubo una época en que era imposible separar del sagrado recuerdo de la Independencia un sentimiento de aversión por las crueldades en que, a veces, incurrieron los defensores del rey de España; pero ese sentimiento ha ido amortiguándose, no sólo por la simple acción del tiempo, sino porque, a la luz que se irradia de la serena filosofía de la historia, ha podido comprenderse que, en las grandes luchas políticas, los hombres son actores irresponsables de los desbordes con que siempre se anuncia el alumbramiento de una nueva generación de ideas. Durante esas luchas la razón individual apenas funciona, porque los hombres aparecen entonces organizados en masas

colectivas que obedecen, a su pesar, frecuentemente, a un vertiginoso impulso común; y los que resisten el impulso son elementos tan necesarios para la consumación de la obra como los visibles promotores de ésta, que encuentran en aquéllos el indispensable límite de toda racional evolución.

(*La Luz*.—Bogotá, 21 de julio de 1882.)

HISPANOAMERICANOS Y SU EVOLUCION

A veces pudiera uno inclinarse a creer que las regiones hispanoamericanas son ciertamente ingobernables. El célebre profesor Huxley decía también, hace poco, en el *Times* de Londres, que "el orbe no parecía construído sobre un plan que fuera satisfactorio a los sentimientos del filántropo". El se olvida, al pronunciar tal sentencia, de que este filántropo, de tan exquisita sensibilidad, es también una parte integrante del orbe, y que un criterio tan exigente como el suyo no puede habérsele dado —por Aquel de quien todo emana—, sin algún armónico objeto.

Tengamos paciencia y fe. ¿Qué tiene de común con la Confederación Argentina de hoy la Confederación Argentina de los tiempos de Rosas? ¿Ni con el México de hoy, el México de los tiempos de Miramón y Santana? Esas dos comarcas fueron, durante largos años, las más desmoralizadas, talvez, de toda Hispanoamérica. De una hosca noche, que llevaba trazas de eterna, surgió al fin la bendecida aurora.

Así como juzgaba el mundo el profesor Huxley, así se juzgan las cosas terrenas, que son siempre imperfectas y cubiertas de engañosos aspectos. Debajo del caos de las tempestades políticas se elabo-

ran de ordinario nuevos y salvadores principios, como sucedió durante el revuelto período de las guerras feudales. Toda gran transición es borrascosa.

(*El Porvenir.*—Cartagena, 3 de febrero de 1884.)

HISTERISMO

En el mundo práctico de hoy, los molinos de viento no tienen casi cabida. Las proclamas terribles no se usan ya sino por los mandarines de China, que se parangonan candorosamente, un día antes de la derrota, con los habitantes de la Luna, y se juzgan cabalgando en dragones apocalípticos, que luégo no encuentran para salvarse de la cuchilla de su bárbaro vencedor. El histérico sentimentalismo también es resorte gastado en los dominios de la política; y mucho más aún el sentimentalismo de ocasión que los hechos precedentes no abonan. Nadie pregunta: ¿cómo se dice esto?, sino, ¿quién lo dice y por qué y para qué lo dice?

(*La Luz.*—Bogotá, 22 de noviembre de 1884.)

HISTORIA DE LA CIVILIZACION

La historia de la civilización, como la historia física de la tierra, se compendia en la superposición progresiva de nuevas capas que forman las excrecencias y sedimentos que se desprenden de la capa interior. Todo detrito es abono, como toda revolución es larva de nueva civilización, según el decir de alguno.

(13 de marzo de 1887.)

HISTORIADORES

Difícil tarea es escribir la historia mostrando el verdadero fondo de los sucesos que se relatan y los verdaderos móviles que han impulsado a los respectivos actores. Desempeñan las pasiones y los intereses individuales papel importante, decisivo a veces, en el movimiento político, y no es sencilla empresa la discriminación de las influencias reales que determinan los actos de los hombres públicos. Proceden en ocasiones esos actos de un sentimiento de justicia o de patriotismo, pero también procederán de ambición, de venganza, de codicia, de soberbia o de vanidad, hipócritamente encubiertas por brillantes y seductoras apariencias. Mirabeau, por ejemplo, no hizo el magnífico papel que todo el mundo conoce, estimulado por móviles equivalentes a la grandeza de su oratoria. Lutero no inició la reforma eclesiástica sino obedeciendo a pequeñas consideraciones personales, y es bien probable que en la conversión de Constantino a la religión de Cristo hubiesen obrado más las razones políticas que el sincero reconocimiento de la verdad evangélica.

(*El Porvenir*.—Cartagena, 14 de enero de 1883.)